



**Ganadora I premio de narrativa breve
"Lorenzo Silva"**

ESTRELLAS FUGACES

Raquel giró cuidadosamente el pomo de la puerta de la habitación de su hermana gemela. Hacía más de un mes que no entraba allí. Las lágrimas inundaron sus ojos al observar que todo seguía igual que ella lo dejó. La guitarra seguía posicionada junto al escritorio, cerca del teclado por el que tantas veces habían peleado. Su ejército de osos de peluche seguía perfectamente alineado sobre la cama. Y en su mesa... en su mesa se encontraba lo que Raquel andaba buscando. El diario que su hermana escribió durante sus últimas semanas de su vida.

Parpadeó tratando de recomponerse. Lentamente cerró la puerta. Cogió el diario con dedos temblorosos, como si temiese que en cualquier momento fuese a echar a correr y, con cuidado, se tumbó sobre la mullida cama. Cerró los ojos y abrazó a Bernie, el osito favorito de su hermana, antes de decidirse a abrir el libro. Se estremeció, recorriendo con los dedos lo que había escrito mientras las lágrimas, ya sin control, resbalaban por sus mejillas. En la primera página se veía escrito: "De Luna de la Peña." Junto al nombre, había una foto suya y de Luna con tan solo seis años saltando olas en la playa. Raquel no pudo evitar sonreír al ver la foto. Se la había hecho su madre un caluroso día de agosto mientras veraneaban en Cangas de Foz, Lugo. Tras días lloviendo, había salido el sol y habían ido directas a la playa.

Raquel pasó la página y se sumergió en la lectura que relataba las últimas vivencias de su hermana.

23 de mayo, 2016

Cuarto día. Otro día sometida a este infierno. Hoy han acabado las pruebas. En un par de días tendré los resultados. Aunque mamá y Raquel aseguran que pronto estaré bien, yo no lo veo tan claro. Prefiero no hacerme ilusiones.

Al dirigirme hoy hacia la consulta del doctor, la 312, me he encontrado con mi propio reflejo en el cristal. Me ha sorprendido ver el mal talante que mostraba mi cara mientras fruncía el ceño. He intentado sonreír sin obtener resultado. Odio este mundo y a mi enfermedad. Odio también este hospital y todas y cada una de las malditas pruebas a las que he sido sometida. Yo solo quiero volver a ser normal. Quiero volver a mi rutina de instituto, a las risas en clase, las tardes en bancos comiendo pipas, hablando y escuchando música. Hecho incluso de menos las aburridas lecciones de matemáticas. Me da rabia el pensar que no he sabido apreciar lo que tenía hasta que lo he perdido. Siempre he deseado que cualquier suceso me librara de esa aburrida rutina. Espero pronto poder volver, estoy segura de que esta vez sabré apreciar incluso los complicados exámenes de historia. Ya llega mi cena. Debo poner fin a este texto. Seguro que mañana será un día mejor.

24 de mayo, 2016

Me encuentro sola en mi cuarto al fin. Mamá y Raquel acaban de irse. Mañana me darán las pruebas de los análisis y tengo los nervios a flor de piel. Hoy me he dedicado a remolonear y a recorrer, curiosa, los pasillos del hospital. Hay una chica de la planta dos que parece bastante simpática. Mañana me acercaré a hablar con ella. Quién sabe, igual saco algo bueno de mi estancia aquí. Una estancia que espero, no dure mucho o acabaré por morir, pero de aburrimiento. Mi reloj marca las once. Las luces ya se apagan.

26 de mayo, 2016

Me encuentro apoyada en la pared del baño mientras escribo esto. Ayer fue el peor día desde que llegué con diferencia.

Me levanté, tras apenas conseguir pegar ojo, cuando la enfermera entró a dejarme el desayuno. A la hora llegó mi madre. Se la veía nerviosa. Juntas, nos encaminamos a la consulta del doctor. El hombre se encontraba con otro doctor comentando algo en susurros. Cuando nos vio, nos hizo pasar y tomar asiento.

-Buenos días señoritas.

-Buenos días doctor-. Contestó mi madre con voz entrecortada. La tomé la mano.

-Como ya saben, anoche llegaron los resultados de las pruebas que le hicimos a Luna. Hemos estado examinándolos y... me temo que no tengo muy buenas noticias.

Mamá se llevó la mano a la boca y asintió levemente indicando al doctor que podía seguir hablando.

-Tras realizar pruebas como ecocardiogramas y una resonancia magnética cardíaca, los diagnósticos indican que Luna padece de amiloidosis cardíaca. Esta es una enfermedad nada común en personas menores de 40 años-. Pausa-. La amiloidosis es una enfermedad causada por el depósito anómalo de proteínas en los tejidos. El depósito causa enfermedad por alteración de la estructura y la función normal de los órganos donde se acumulan. -Comenzó a explicar el doctor-. El corazón es uno de los órganos donde se depositan estas proteínas. Cuando el depósito de amiloide se produce en el corazón hablamos de -. Hablaba gesticulando con las manos-. Si existen grandes depósitos de amiloide a nivel del corazón se produce aumento de la rigidez del músculo cardíaco y el corazón no es capaz de relajarse por completo y llenarse.

-¿Y... qué debemos hacer ahora doctor?-. Comprendí la incertidumbre de mamá ante tanta información.

-En primer lugar, realizaremos una biopsia para asegurarnos de que la enfermedad es la diagnosticada. Después, comenzaremos con el tratamiento. De tratarse de esta enfermedad, se realizaría el tratamiento causal cuya finalidad es eliminar la causa de la enfermedad. También comenzaríamos con sesiones

de quimioterapia. Todo depende de en qué nivel de la enfermedad se encuentre Luna.

Mamá asintió mientras se tapaba la cara con las manos.

-De momento, eso es todo. Sería preciso realizar la biopsia cuanto antes. De ser posible, esta misma tarde.

-Entiendo... Esta tarde pues.

-La enfermera pasará a buscar a Luna sobre las 6.

Dicho esto, nos levantamos y, tras despedirnos del doctor, abandonamos la habitación.

A la hora establecida llegó una enfermera. La biopsia iba a ser por intervención quirúrgica. Lo último que recuerdo es la voz del doctor ordenando algo a su compañera.

Cuando desperté, me encontraba en la UVI. Parpadeé un par de veces hasta acostumbrarme a la luz. Llegó entonces una enfermera que me preguntó cómo me encontraba. Le contesté con voz adormilada y decidió dejarme descansar.

En ese momento, escuché una voz a mi derecha.

-¿Biopsia?

Giré la cabeza y me encontré con el rostro amable de un anciano. Pequeñas arruguitas se formaban en su cara al sonreír. Su mirada era amigable.

-¿Cómo lo sabe?

-Aah... a mí me han hecho muchas de esas jovencita. Por cierto, mi nombre es Manuel.

-Yo soy Luna, encantada.

-Luna... una de mis nietas se llama así. Es una chiquilla encantadora.- Sonreí.- Bueno, ¿y qué te ocurre Luna?

Bajé la vista antes de contestar. Me parecía pronto para hablarlo ya que, además de no tenerlo asumido, no estaba confirmado. Y, sin embargo, por alguna extraña razón, me moría por contarle a aquel hombre mi historia.

-Me han diagnosticado una enfermedad del corazón.- Confesé al fin.- Se llama amiloidosis cardíaca. La biopsia tiene que confirmarlo.

El hombre asintió con gesto serio.

-Lo siento mucho Luna.

-Gracias. ¿Y a usted que le pasa?

-Lo mío viene ya de tiempo atrás. Padezco hepatitis C desde hace catorce años. Mi final está ya muy próximo. Lo sé.

Oírle hablar así de su propia muerte me puso la carne de gallina. Él lo notó porque al instante sonrió.

-Pero no debes preocuparte por mí. Ya lo tengo asumido. He vivido una bonita vida llena de aventuras y he creado una preciosa familia. Mi cuerpo ya está cansado y la enfermedad me va venciendo.

-Lo siento mucho.

-No lo sientas pequeña-. Decidió entonces enfocar la conversación hacia otro lado-. ¿Sabes lo que me dijo el doctor la primera vez que llegué a este hospital?-Negué con la cabeza-. Me dijo que, aunque la enfermedad me iba a quitar muchas cosas, también me iba a aportar muchas otras. Dijo que, a menudo, la gente que peor lo pasa, es la única que conoce el verdadero significado de la felicidad. Claro que en su momento no supe interpretar estas palabras. Me hizo prometerle que sería feliz durante el resto de mi vida, ya fuesen meses o años. Y puedo asegurarte que eso he hecho. He conseguido entender lo que es ser feliz. Y por eso sé que ya puedo marcharme tranquilo.

En ese momento entró la enfermera para llevarse a Manuel.

-Si quieres que te revele lo que yo aprendí, no tienes más que venir a verme. Habitación 164. Mucha suerte Luna.

Dicho esto, abandono la habitación dejándome sola con mis pensamientos.

A la hora me llevaron a la habitación donde mamá y Raquel me esperaban. Jugamos unas cartas y nos vimos una peli. Se fueron hace tan solo 45 minutos.

Mañana me acercaré a visitar a Manuel. Estoy segura de que ese hombre puede enseñarme muchas cosas.

27 de mayo, 2016

Tras levantarme hoy, me he encontrado con mamá, que me observaba mientras ojeaba el periódico. He desayunado y juntas hemos ido a por los resultados puesto que tenía que irse pronto a trabajar.

-Buenos días doctor.

-Buenos días señoritas. Supongo que vienen a por el resultado de la biopsia.

-En efecto. Ya lo tienen, ¿no?

-Así es pero... quizás sería mejor hablarlo sin que Luna estuviese delante.

-De eso nada. Ya soy lo suficientemente madura y además esto me incumbe a mí-. Exclamé indignada. Mamá trató de calmarme y dijo que podía hablar conmigo delante.

-El resultado de la biopsia, lamento comunicarles, fue positivo. Luna padece de amiloidosis cardíaca. La biopsia nos ha revelado también el estado de la paciente-. El doctor hizo una pausa y nos miró-. No es nada bueno. El punto de la enfermedad en el que se encuentra Luna es muy alto.

-Doctor, sea sincero-. Dijo mamá, cuyos ojos estaban anegados por las lágrimas-. ¿Qué nos quiere decir con eso?

-Por muchos tratamientos que recibiese Luna, la enfermedad es casi imposible de curar por lo que solo serviría para alargarle la vida.

-¿De cuánto tiempo hablamos?

-Como mucho, y si las cosas marchan bien, dos meses... No entiendo como la enfermedad ha podido agravarse en tan poco tiempo ya que Luna entró con un simple desmayo en el instituto.

Mamá comenzó a sollozar mientras yo la abrazaba. No podía permitirme pensar ahora en las palabras del doctor. Éste nos condujo a la puerta y prometió, con mirada triste, que haría todo lo posible por ayudarme.

Cuando mamá consiguió calmarse, me dijo que volvería esa tarde y se fue, no sin antes abrazarme fuertemente. Lo sentía mucho por ella.

Entré de nuevo en el hospital y me dirigí a la habitación 164. Allí me encontré a Manuel que leía el periódico mientras disfrutaba de un café con leche. Nada más verme, sonrió, pero le cambió la cara al ver mis ojos vidriosos. Según me acerqué, no pude evitarlo y me eché a llorar. El anciano me abrazó y me consoló acariciándome el pelo y susurrándome palabras de ánimo. Cuando por fin conseguí calmarme, le di las gracias.

-¿Mejor?-. Preguntó al cabo de un rato. Asentí-. Me alegro.

No preguntó acerca del diagnóstico, pareció haberlo adivinado.

-¿Momentos difíciles verdad?-. No esperó a que contestase-. Hay que ver la de cosas que nos tiene preparada la vida... da vueltas y vueltas y nos sorprende a cada paso que da.

Parecía estar hablando para sí mismo.

-Cuando me diagnosticaron mi enfermedad, sentí el mundo caerse a mis pies.

Yo siempre había sido un hombre sano. Y ya ves... son cosas que no se pueden planear.

-Supongo que no. Pero tú seguiste adelante.- Dije al fin.

-Sí. Y no te creas que no me costó. Pero al final es lo que hay que hacer. No puedes sumirte en la desgracia. Supongo que en parte habrás venido por lo que te dije ayer, ¿no?

-Sí, supongo que sí.

-¿Quieres entonces que te cuente, cual es, según mi perspectiva, la verdadera felicidad?

-Me encantaría.

Manuel sonrió y carraspeó antes de comenzar.

-Lo primero que entendí, es que nosotros somos los causantes de nuestra propia felicidad. La gente tiende a victimizarse. Vive comprometida con el fracaso. Dicen querer ser felices, pero ellos mismos son el obstáculo para alcanzar esta felicidad. Tendemos a engancharnos al sufrimiento una vez pasado el momento de dolor. Pero, nos olvidamos, de que el 40% de nuestra felicidad, está basada en la actitud. Un mal día lo tiene cualquiera, es algo inevitable. Pero, pasado el momento, levanta la cabeza y sonrío porque la vida sigue.

Me quedé callada tras escuchar estas palabras sin saber muy bien cómo reaccionar.

-Creo que eso es suficiente por hoy. Medita sobre ello, Luna, y acabarás por darte cuenta de cuánta razón hay en lo que te acabo de decir.

-¿No me vas a contar nada más?- Pregunté.

-Cada día que vengas a verme, te contaré una nueva cosa. Estoy seguro de que vamos a acabar siendo muy buenos amigos.- Dicho esto rio y yo le acompañé.

Charlamos un rato y finalmente decidí volver a mi cuarto. Estuve largo rato meditando sobre las palabras de Manuel. Decididamente, ese hombre tiene algo especial.

Esta tarde vendrán Raquel, mamá y papá a verme. Estoy decidida a mostrarme feliz y fuerte. Por ellos.

28 de mayo, 2016

Hoy a medio día fui a ver a Manuel. Estuvimos jugando unas cartas y me enseñó fotos de toda su familia. Tiene 6 hijos y 14 nietos de diferentes edades. Me encantaría, en un futuro, poder llegar a formar una familia así.

-¿Reflexionaste sobre lo que te conté?-. Me preguntó cuando acabamos de jugar.

-Sí, le di muchas vueltas anoche. Hay mucha razón en ello. Gente que se victimiza sin darse cuenta de que hay muchos en peores condiciones que ellos.

-Cierto es. Hoy voy a contarte la segunda cosa que aprendí con la llegada de la enfermedad.

Me acomodé en la silla dispuesta a escuchar con atención.

-Lo segundo que entendí, es que el ser humano ve la felicidad en lo siguiente que le va a pasar. Cuando tienes 8 años, quieres tener 10. Cuando estás en el instituto, quieres llegar a la carrera. No nos damos cuenta de que la felicidad está en nuestro presente, la felicidad viaja con nosotros-. Hizo una pausa para beber un trago de agua-. Supongo que conseguí entender esto el día en que me diagnosticaron la enfermedad. Comprendí que en cualquier momento me podía morir. Me podía morir sin haber hecho centenares de cosas que tenía planeadas.

Entendí que tenía que disfrutar cada día como el último. En cuanto salí de allí, me acerqué a la tienda de música más cercana y me compré un piano. Siempre quise aprender a tocarlo. Me apunté a clases y me puse a ello. Ese mismo fin de semana, fui con mi hijo pequeño a tirarme en paracaídas. Le había prometido que algún día lo haríamos.

Sonreí escuchándole hablar con tanta emoción de ello.

-Poca gente se acuerda de ser feliz cuando está viviendo el momento... Cuando no sabes que va a ser de ti en unos meses, no te queda más remedio que valorar el presente y no el futuro.

Ambos nos quedamos callados durante cinco largos minutos perdidos en nuestros pensamientos.

-Gracias-. Dije al fin.

-No tienes que dárme las jovencita-. Sonreímos.

Tras jugar otra partida de cartas, fui a mi dormitorio. Era la hora de la comida y Raquel vendría a verme.

Esa tarde empecé las sesiones de quimioterapia. Menos mal que Raquel estuvo para hacerme compañía. Fueron unas horas horribles. No entiendo como algo que en su momento te hace tanto mal, puede llegar a curarte. Tengo dos sesiones a la semana. Raquel ha prometido que vendrá a todas. No quiere que esté sola.

29 de mayo, 2016

Hoy cuando fui a ver a Manuel, no estaba en la habitación. Su compañero me dijo que había ido a hacerse unas pruebas por lo que me acomodé en la silla y me dispuse a esperarle un rato mientras leía.

Llegó a la media hora.

- ¿Qué tal estás Luna?

-Bien, ¿y tú?

-Bien, bien, vengo de hacerme un par de pruebas para comprobar que todo está en orden.- Cogió una tableta de chocolate de la mesita de noche.- ¿Quieres?-. Me ofreció.

-Vale. Muchas gracias-. Sonreí tímidamente mientras cogía el trozo que me ofrecía.

-Nada mejor que el chocolate para olvidarse de las penas-. Murmuró mientras saboreaba el dulce.- ¿Por dónde nos quedamos ayer?

-Me hablaste de que la felicidad está en el momento y no en lo que ha de venir.

-Es verdad, ya recuerdo... hoy voy a hablarte sobre la razón.

-¿La razón?

-Exacto. Dijo una vez un sabio: a nivel filosófico nuestro pensamiento accidental, parte de la razón.

Le lancé una mirada confundida.

-La obsesión por la razón. Tendemos a pensar que el llevar razón nos va a aportar felicidad y esto, en realidad no es así. Cuántas veces nos habremos enfadado con alguien a quien queremos por el mero hecho de llevar razón... Pero, ¿merece acaso la pena?

-Supongo que en cierto modo no...- Contesté yo, meditando sus palabras.- Es cierto que te aporta cierta satisfacción, sí. Pero esa satisfacción tiene por antecedente una discusión, lo que indica que no es algo agradable.

-Veo que vas haciéndote una idea. Creemos que el tener siempre la razón nos aportará felicidad y esto no es así. Por eso, hay que saber cuándo merece y no merece la pena llevar razón-. Permaneció en silencio unos segundos-. Por ejemplo, ahora, cuando mi mujer me acusa de no haber limpiado el lavabo, no pierdo el tiempo rebatiendo que lo he hecho. Simplemente asiento y lo limpió, aunque haya sido ella quien no lo limpió. No me merece la pena discutir por semejante tontería con la mujer a la que amo.

Sonreí ante este ejemplo y él rio también. Dicho esto, conversamos sobre temas banales hasta que llegó la hora de irme.

El resto del día ha transcurrido sin novedades. Mamá y Raquel vinieron a verme un rato y ayudé a mi hermana a repasar su examen de sociales.

30 de mayo, 2016

Hoy no pude ver a Manuel. Por la mañana tuve sesión de quimioterapia y por la tarde, vino mi familia, como de costumbre.

-Hola cariño-. Me saludaron mis padres con un beso en la mejilla.

-¿Y Raquel?-. Pregunté al no verla.

-Vendrá en seguida. Antes, teníamos que hablar contigo-. Suspiré. Sabía de qué iba el tema-. Acabamos de estar con el doctor, le ha llegado un correo de un médico experto y...- Mamá no pudo seguir hablando porque un sollozo se escapó de su garganta. Papá continuó.

-La enfermedad que tienes, Luna, es muy compleja y difícil de tratar. ¿Lo sabes verdad?-. Asentí sintiendo las ya familiares lágrimas en mis ojos-. Pero igualmente, vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para que salgas de esta. Lo prometemos.

-Papá...- Susurré entre lágrimas-. Me voy a morir. Lo sé. No tenéis que preocuparos por mí, estoy bien, no tengo miedo. Se lo que tengo y lo acepto...

Mi padre me miraba mientras grandes lagrimones bajaban por sus mejillas.

-No digas eso, mi niña, no digas eso-. Dijo mientras me abrazaba.

Permanecimos los tres abrazados durante cinco minutos.

-Os quiero-. Dije al fin.

-Y nosotros a ti, cielo. Mucho.

Mamá acabó por secarse las lágrimas y sonreírme de manera cansada. En ese instante, entró Raquel. No pareció percatarse de los ojos llorosos de mamá y me saludó con un cariñoso abrazo. El resto de la tarde la pasamos jugando y contando anécdotas.

31 de mayo, 2016

Cuando me acerqué hoy a visitar a mi amigo, le hallé en compañía. A su alrededor correteaban niños de distintas edades llamándole a gritos mientras varios adultos conversaban a su lado.

Cuando me vio, me hizo una seña para que entrase.

-Pasa, pasa Luna. Te presentó a mi numerosa familia.

Sonreí tímidamente y saludé.

-Bueno, nosotros ya nos vamos papá-. Dijo una de las mujeres de mediana edad-. Volveremos mañana. Niños, despediros del abuelo con un beso y decid adiós a Luna.

Una vez se hubieron ido, Manuel me preguntó cómo me encontraba. Le relaté la intensa tarde anterior mientras él escuchaba con atención y así fuimos tratando distintos temas. Finalmente llegamos al tema ya común de la felicidad.

-Lo siguiente que voy a contarte, es algo que se aprende con el tiempo. Nunca se sabrá valorar en el momento.

Asentí mientras escuchaba atentamente.

-Todo lo que nos ocurre, ya sea bueno o malo, nos aporta algo. Si lo que nos ocurre es bueno nos aporta la felicidad del momento junto con el recuerdo que queda grabado en tu memoria. Sin embargo, si es algo malo, siempre nos va a aportar experiencia y madurez. Hay un ejercicio muy famoso llamado el canalizador de la negatividad. Consiste en analizar algo malo que te ha pasado y tratar de encontrar las cosas buenas que el mal momento ha traído consigo. Por ejemplo, a mí mi enfermedad me ha traído años de sufrimiento, sí. Pero también he aprendido de esta manera a valorar lo que tengo y a disfrutar de cada segundo de mi vida.

-Comprendo...

-La vida nos tiene preparadas montones de sorpresas, tanto buenas como malas. Trata de centrarte siempre en lo positivo de cada situación, no cometes el error que yo cometí en su vida de solo saber ver el lado malo de las cosas.

Conversamos un rato más sobre ello y decidí volver a mi habitación sintiéndome un poco más feliz, un poco más madura.

Esta tarde vino Raquel. Nada más llegar, me dio un fuerte y largo abrazo. Cuando se separó advertí que le brillaban los ojos.

-¿Te lo han contado verdad?

Asintió entre lágrimas. La abracé fuertemente y la calmé mientras lágrimas recorrían sus mejillas.

-Te quiero un montón Luna.

-Y yo a ti Raquel.

Nos quedamos un rato calladas hasta que decidió romper el silencio.

-Luna... ¿Tienes miedo?

-No. Ya no. Y tú no debes tenerlo por mí, ¿vale?-. Sonreí al decir esto.

Acabamos recordando nuestras travesuras de pequeñas y nuestros pequeños piques, como aquella vez que las dos nos pillamos del mismo chico. Echaba de menos estar así con mi hermana.

Mañana volverá. Estamos dispuestas a aprovechar al máximo el tiempo que me quede.

1 de junio, 2016

Cuando fui hoy a visitar a Manuel, su compañero me explicó que esa noche le habían tenido que llevar a la UCI. Rápidamente me dirigí allí. Al principio no quisieron dejarme pasar ya que a sus familiares tampoco se les había permitido entrar más de 5 minutos. Sin embargo, finalmente me dejaron por petición del anciano.

-Hola Luna, ¿Cómo estás?-. Saludó.

-¿Cómo estás tú?

-Ya me ves... se me acaba el tiempo. Tenía la esperanza de que vendrías a verme.

-He venido en cuanto me he enterado-. Sonrió.

-Bueno, ya que estás aquí, me gustaría acabar de contarte el último paso que descubrí para alcanzar mi felicidad.

En ese momento entró una enfermera para supervisar todo. Cuando se fue, Manuel empezó a hablar.

-Lo último, lo que de verdad marca la diferencia entre la verdadera felicidad y la ficticia a mi parecer, es el perdón. Verás, yo tenía un amigo al que conocía desde los tres años, mi mejor amigo. Desde que tengo uso de razón habíamos estado juntos. Pero un día nos peleamos por algo que me hizo. Fue una fuerte pelea puesto que no volvimos a hablarnos ni a vernos. Me distancié completamente de él y tuvo de aceptarlo. Esta situación se mantuvo así hasta hace diez años. Recuerdo que había asistido a una charla del colegio de mi hijo menor. Allí, trataron el tema del perdón. Esa charla me ayudó mucho más de lo que puedes imaginarte. Me di cuenta de que, cuando no perdonas a alguien, de manera inconsciente, te enganchas a esa persona. No perdonamos con la excusa de que el otro no se lo merece. Pero, quien de verdad se lo tiene que merecer, eres tú. Tú eres quien no olvida y sigue enganchado mientras que el otro pasa página. El perdón es, en realidad, un regalo para ti. Un paso más hacia tu felicidad. Tras meditar sobre esto, acabé por darme cuenta de la razón que llevaba y perdoné a mi amigo.

Sonrió con ojos soñadores recordando el momento.

-A las dos semanas, murió su madre. Él la adoraba. Asistí al funeral. Se sorprendió de verme allí, pero, tras unos segundos mirándonos fijamente, se abrazó a mí como nunca lo había hecho. Así permanecimos durante más de cinco minutos, una perfecta reconciliación. A la semana volvimos a quedar. Lloramos como dos tontos recordando nuestras anécdotas del pasado, aunque también compartimos muchas risas. Ese hombre vuelve a ser ahora mi mejor amigo. Recuerda Luna, que el perdón siempre va a ser un regalo para ti. No te niegues tu propia felicidad.

En ese momento, entró de nuevo la enfermera y me pidió que me despidiese pues tenía que irme.

-Muchas gracias Manuel. Por todo.

Dicho esto, le di un gran abrazo y salí de la habitación.

El resto del día ha transcurrido sin novedades. Me hice maratón de pelis románticas con Raquel y después fui a recibir el tratamiento.

2 de junio, 2016

Manuel murió anoche rodeado de sus hijos y su mujer. Cuando esta mañana me lo comunicó su hija mayor, no pude evitar echarme a llorar.

Raquel vino a verme por la tarde. Me consoló mientras lloraba en su hombro por la pérdida de un gran amigo. Sabiendo que no podía animarme, permaneció abrazada a mí durante dos horas. Es lo mejor que podría haber hecho por mí.

Esa noche, la enfermera vino a ver cómo me encontraba.

-Esto es para ti.- Me dijo antes de irse entregándome un sobre.

Era de Manuel. Me apresuré a abrirlo. Dentro había una carta. Decía lo siguiente.

“Querida Luna:

Ya me llega la hora. Sé, mientras te escribo esta carta que mi tiempo se agota como si de un reloj de arena se tratase. Seguramente, mientras lees esto, ya estaré en un lugar mejor.

Cuando pienses en mí, no estés triste. Al contrario, muéstrate alegre por todos esos días que pudimos compartir.

Yo ya te hablé de mi pequeño manual de la felicidad. Ahora, tú debes crear el tuyo. Crea momentos, crea risas, crea tu propia vida.

Te queden semanas, meses o años, no olvides nunca todo lo que compartí contigo. No olvides buscar tu lugar en el mundo. Solo vivimos una vez, pero, si lo hacemos bien, con una es suficiente.

Sé feliz Luna, ¿lo harás por mí?

Te quiere

Manuel.”

Sonreí cuando acabé de leer la carta. Besé el papel y di las gracias interiormente a aquel hombre que tanto me había enseñado.

4 de junio, 2016

Ayer a media mañana, me dio un ataque. Tuvieron que intervenir los médicos urgentemente.

Después me bajaron a la UCI. Aunque no lo hayan dicho, saben que me queda poco. Yo también lo sé. Noto mi cuerpo cansado, fatigado. Pero mi interior está en calma.

Mi familia se pasó aquí todo el día en espera de noticias. Finalmente les dejaron verme. Se les notaba cansados. Odio verles sufrir por mí. Hoy volverán. Quiero aprovechar cada segundo con ellos.

6 de junio, 2016

Los médicos no se rinden. Me ha vuelto a dar otro fuerte ataque por lo que sé que no aguantaré mucho. Pero no estoy asustada, al contrario, estoy feliz. Disfruto apaciblemente de mis últimos días. Los médicos decidieron no darme más sesiones de quimioterapia tras ver que no estaba funcionando, algo que agradezco. Raquel vino a verme ayer junto con mis dos mejores amigas. Lo pasé en grande con ellas. Hoy vendrán mis abuelos y primos.

8 de junio, 2016

Querida Raquel:

Sé que en algún momento leerás esto. Lo sé. Te conozco casi tanto como a mí. Para cuando lo leas, seguramente ya no esté contigo.

Estoy convencida de que has leído también el resto del diario y que, a través de mis páginas, has podido conocer a Manuel, un hombre con quien tuve la suerte de cruzarme. Un anciano que fue mi estrella fugaz. Todos tenemos una estrella en nuestra vida. Nos guía, nos enseña y nos abre los ojos. Manuel fue mi estrella. Me enseñó a no tener miedo del miedo. A aceptar que la muerte no es mi enemiga sino mi compañera de vida. La que siempre me esperará con los brazos abiertos. Que me enseñó a disfrutar cada momento.

Mientras te escribo esto, mi tiempo se agota. Hoy por la tarde vendrás a verme. Sé que lo harás. Y yo intentaré estar aquí para ti.

Raquel, necesito que me prometas que cuidarás a mamá, a papá. Que te cuidarás tú. Prométeme que vivirás cada día como el último disfrutando al máximo la vida. Aquí te he dejado el manual de la felicidad que me enseñó mi buen amigo. Por desgracia, yo no tuve tiempo de escribir el mío. Pero tú si lo tendrás. Crea tu propia felicidad hermanita. Por ti. Por mí. Por las dos.

No dudo que vendrán malos momentos. Y que me añorarás en muchas ocasiones. Pero yo nunca me iré de tu lado Raquel. Reviviré cada vez que leas estas palabras, cada vez que pronuncies mi nombre y acaricies mi recuerdo.

¿Recuerdas cual era nuestra película favorita de niñas? Peter Pan. Cuando pienses en mí, imagínate que me encuentro en Nunca Jamás, jugando con los niños perdidos, luchando contra piratas, nadando con las sirenas. Observándote desde ahí arriba. Segunda estrella a la derecha y todo recto hasta el amanecer...

Vive tu vida porque solo serás capaz de hacerlo una vez. No la desperdicies.

Y recuerda, querida hermana, sé feliz, ¿lo harás por mí?

Te quiere y siempre te querrá

Luna.

Raquel sonrió mientras le brotaban las lágrimas. Su hermana había fallecido al día siguiente de escribir eso.

Abrazada al cuaderno y con ojos empañados, se quedó dormida. Soñó con el país de Nunca Jamás. Con Luna. Y cuando despertó, se prometió a sí misma que cumpliría el último deseo de su hermana. Que encontraría su felicidad. Por ella.

Por María Álvarez Negueruela